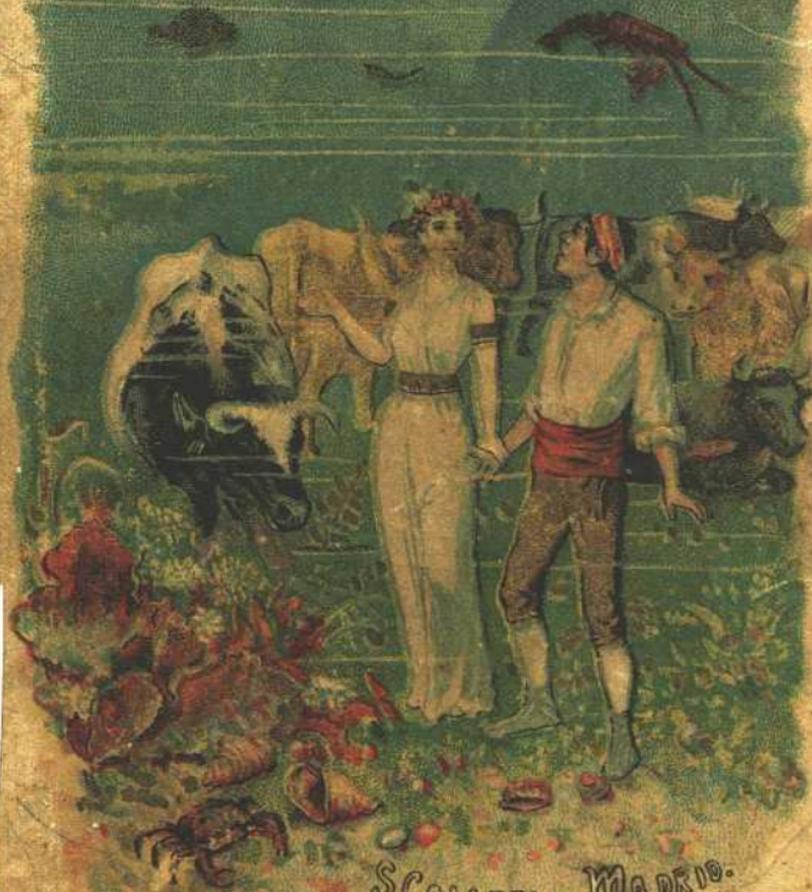


NICOLASÓN y Nicolasillo



S. CALLEJA. MADRID.

201

102503

Sig.: 83201

i

Tit.: Nicolason y Nicolasillo : cuer

Aut.: Calleja Fernández, Saturnino

Cód.: 51114934



N. 123.143

Justicia Sagrada
NICOLASÓN

Y

NICOLASILLO

CUENTOS PARA NIÑOS

ESTADOS PONDIAZ HUERTAS



MADRID

SATURNINO CALLEJA

Campomanes, 8, librería.

MÉXICO

GUILLERMO HERRERO Y CA

S. José el Real, 3, librería.

1894



ES PROPIEDAD.

MADRID.—Sucesores de Rivadeneyra, Paseo de San Vicente, 20

NICOLASÓN Y NICOLASILLO.

En una población de corto vecindario vivían dos individuos que se llamaban con el mismo nombre, Nicolás; pero el uno tenía dos yuntas de mulas y el otro no tenía más que una mula; para distinguirlos, pues, se llamaba al primero Nicolasón y al otro Nicolasillo.

Seis días cada semana, Nicolasillo estaba obligado á labrar la tierra de Nicolason y á prestarle su única mula; en cambio Nicolason le ayudaba con sus dos yuntas una vez á la semana, y eso de bastante mala gana.

¡Con cuánto gusto hacía chasquear Nicolasillo su látigo los domingos por encima de las cinco mulas! Las miraba como cosa suya. El sol brillaba con vivísima luz: las campanas llamaban al pueblo á la iglesia; los hombres y las mujeres

vestidos con los trajes de fiesta pasaban por delante de Nicolasillo que labraba la tierra con aspecto alegre y lleno de orgullo haciendo chasquear su látigo y diciendo:

— ¡Hála, mulas mías!

— ¿Para qué dices mulas mías si no tienes más que una?

Le gritó una vez Nicolason.

Pero Nicolasillo no hizo caso de esta advertencia, y viendo que pasaban otras personas no pudo remediarlo y empezó á gritar de nuevo:

— ¡Hála, mulas mías!

— Te he dicho, dijo Nicolásón, que no me gusta que digas eso.

Como lo vuelvas á hacer le pego tal golpe en la cabeza á tu mula que la dejo muerta, y te quedas sin ninguna.

— No lo diré más, repuso Nicolásillo.

Mas apenas vió pasar algunos conocidos que le saludaron amigablemente con la cabeza, se sintió poseído de orgullo por poder labrar su campo con cinco mulas, é

hizo chasquear su látigo gritando:

— ¡Hála, mulitas mías!

— Yo te enseñaré á que escar-
mientos, dijo, y agarrando una maza
pegó un golpe tan fuerte en la ca-
beza de la pobre mula de Nicolási-
llo que la pobre bestia cayó muerta
en el acto.

Nicolasillo empezó á llorar y á
lamentarse como era muy natural;
después, no atreviéndose armar ca-
morra con Nicolásón que era muy
fuerte y muy bárbaro, desolló al ani-
mal muerto, secó la piel al viento, la

metió en un saco y se fué al pueblo á venderla.

Era largo el camino y pasó por un gran bosque; hacía un tiempo espantoso. Nicolasillo se extravió, y antes de que pudiera volver á encontrar el buen camino llegó la noche; era necesario renunciar á entrar en el pueblo, y este temor le llenó de angustia.

Por fortuna cerca del camino encontró una hermosa granja, y aunque las maderas de las ventanas estaban cerradas, se veía brillar la luz. Su

pecho se alzó en la esperanza, « ¡quién sabe si podré pasar aquí la noche! » pensó, y llamó á la puerta.

Al cabo de un rato le abrió una mujer; pero cuando supo lo que quería, le dijo que continuara su camino, que su marido había salido y que ella no quería recibir gentes extrañas.

— Mala suerte es la mía, tendré que acostarme fuera, murmuró el pobre Nicolasillo, mientras la mujer cerraba dando un portazo.

A un lado de la casa había un

pajar con el techo en forma de cabaña lleno de heno. «Me acostaré aquí», se dijo Nicolasillo. La cama no es mala del todo y no hay más peligro que el que la cigüeña me pique las piernas.

En efecto, del techo colgaba una cigüeña acostada en su nido.

Nicolasillo trepó al pajar y se acostó en él, revolviéndose muchas veces para dormirse mejor. Las maderas de las ventanas de la casa ajustaban mal y entraba bastante aire, pero en cambio pudo

ver lo que ocurría en la habitación.

Se acercó á mirar por una rendija y vió que en el centro de la habitación se levantaba una gran mesa en que había un asado, un pescado y muchas botellas de vino. La dueña de la casa y el sacristán del pueblo estaban sentados alegremente y comían, bebían y bromeaban á más y mejor.

¡Cómo se divierten estos dos! pensó Nicolasillo, alargando la cabeza para ver mejor. La mujer sirvió un pastel delicioso. No hay que decir que

al pobre Nicolasillo se le alargaban los dientes de envidia.

De improviso llegó un hombre á caballo á la casa; era el dueño de la granja, que volvía de su expedición.

Apreciábanle todos como un excelente sujeto, pero tenía una rareza: no podía ver á un sacristán sin enfurecerse. Sin duda por esta razón el sacristán había aprovechado la ocasión para hacer una visita á la mujer y darla las buenas noches mientras que el marido estaba fuera,



Se ocultara ea un g au taül.

y la buena mujer para hacerle los honores le estaba sirviendo una deliciosa cena. A fin de evitar disgustos, cuando sintió que su marido venía, rogó á su convidado que se ocultara en un gran baúl vacío, lo cual hizo él de muy buena gana conociendo las genialidades del campesino. En seguida la mujer encerró con toda ligereza la comida y el vino en el horno para que su marido no la hiciese ninguna pregunta difícil de contestar.

¡Qué lástima! dijo en alta voz

Nicolasillo, viendo desde el pajar cómo desaparecían los restos de la cena.

—¿Quién habla desde ahí arriba? exclamó el campesino volviéndose y viendo á Nicolasillo. ¿Por qué te acuestas ahí? Baja pronto, que aquí se recibe á todo el mundo y más en noches como ésta.

Bajó Nicolasillo y contó como se había extraviado, después de lo cual le pidió hospitalidad por aquella noche.

Te la daré con mucho gusto, res-

pondió el campesino, pero comamos primero un poco.

La mujer, mal repuesta aun del susto, recibió á los dos con amabilidad, preparó de nuevo la mesa y sirvió un gran plato de arroz sin carne ni pescado. Su marido, que tenía hambre, comió con buen apetito; pero Nicolasillo pensaba en el delicioso asado, en el pastel y en el vino escondidos en el horno.

Había colocado debajo de la mesa el saco que contenía la piel de su mula, y como el arroz le

parecía muy insípido apoyó los pies en el saco é hizo rechinar á la piel seca.

—¡Silencio! ¡Cállate! dijo á su saco; pero al mismo tiempo le hizo rechinar con más fuerza.

—¿Qué tienes en ese saco? le preguntó el campesino.

—Un hechicero que he conseguido encerrar en él y que me hace advertencias muy útiles, respondió Nicolasillo que no tenía pelo de tonto: no quiere que comamos arroz y dice que gracias á su magia hay en

el horno un asado, un pescado y un pastel.

—Eso no puede ser, dijo el campesino abriendo en seguida el horno.

Pero al descubrir los soberbios manjares que su mujer había ocultado se asombró, creyó que el hechicero había hecho este prodigio. La mujer, sin atreverse á decir nada, colocó todo sobre la mesa y ellos se pusieron á comer como dos benditos, pescado, asado y pastel.

Nicolasillo volvió á pisar el saco para que rechinara la piel.

—¿Qué dice ahora el hechicero?
pregunto el campesino.

—Dice que cerca del horno ha
hecho poner tres botellas de vino,
para hacernos el favor completo.

La mujer disimulando su enojo y
fingiéndose muy sorprendida, les sir-
vió el vino, y su marido se puso á
beber alegrándose cada vez más. De
buena gana hubiera querido tener
un hechicero semejante al que tenía
en el saco Nicolasillo.

—Querría que tu hechicero me
enseñase el diablo, dijo el campesino,

porque eso me agradaría mucho, y ahora con este vinillo, no me asustaría fácilmente.

—Mi hechicero puede hacer todo lo que le mando. En seguida hizo rechinar el saco. ¿Oyes? dice que sí. Pero el diablo es muy feo y da miedo verle.

—¡Bah! yo no me asusto fácilmente. ¿Qué facha tiene?

—Se aparecerá ante nosotros bajo la forma de un sacristán.

—¡Vaya una casualidad! Precisamente no puedo soportar la vista de

un sacristán. No importa, como sé que es el diablo me armaré de valor, con tal que no se me aproxime.

Nicolasillo acercó entonces su oído al saco como para escuchar lo que le hablaba el hechicero.

—¿Que dice?

—Pues dice que si quiere usted abrir ese gran cofre que está ahí en ese rincón, verá usted al diablo; pero es necesario sostener bien la tapa para que no se escape.

—Ayúdame tú á sostenerla, dijo

el campesino acercándose al cofre donde la mujer había ocultado al verdadero sacristán que estaba temblando de miedo, de igual modo que ella.

Levantaron la tapa.

—¡Dios me valga! gritó el campesino dando un salto atrás, ya le he visto. Se parece como una gota de agua á otra al sacristán de nuestra iglesia; es horrible.

Después volvieron á beber y no pararon hasta muy avanzada la noche.

—Si me vendes tu hechicero, dijo, te daré todo lo que tú quieras; aunque sea una fanega llena de monedas de plata.

—Saldría perdiendo, respondió Nicolasillo; piensa en lo útil que me es.

—Es que además te quedaría muy agradecido, dijo el campesino insistiendo.

—Lo haré por darte gusto, dijo Nicolasillo; ya que con tanta franqueza me has dado hospitalidad, te cederé el hechicero por una fanega

llena de monedas de plata; pero me la has de dar bien medida.

—No quedarás descontento, sólo te ruego que te lleves el cofre; no quiero que esté ni una hora más en mi casa. ¡Quién sabe si el diablo está en él todavía!

Entonces Nicolasillo dió al campesino su saco con la piel seca, recibiendo en cambio una fanega llena de plata, y además un gran carretón para transportar la plata y el cofre.

—Adios, dijo, y se alejó, dejando muy contento á su huésped y ro-

gándole que no desatase el saco para nada del mundo, porque sino se escaparía el hechicero.

Cuando salió del bosque se detuvo en un puente que servía para atravesar un río muy profundo y dijo en alta voz:

—¿Para qué me sirve este maldito cofre? pesa como si estuviera lleno de piedras. Ya estoy cansado de llevarle y será mejor que le eche al río. Si el agua le lleva á mi casa, me alegraré, pero si no, poco me importa.

J. G. G. G.
— 32 —

Y dicho esto levantó el cofre con una mano como si quisiera tirarle al agua.

—Espera, espera, gritó el sacristán desde el cofre, no tires el baúl; déjame salir primero.

—¡Jesús! gritó Nicolasillo fingiendo asustarse; el diablo está todavía en el baúl, es necesario que le ahogue en seguida.

—No, por Dios, yo no soy el diablo, gritó el sacristán, déjame salir y te daré una fanega de plata.

—Eso es ponerse en razón, res-

pondió Nicolasillo abriendo el baúl.

El sacristán salió á escape, echó el cofre vacío al agua y volvió á su casa para dar á Nicolasillo la fanega de plata. Nicolasillo cargó de este modo su carretón con un peso muy grande, pero muy dulce de llevar.

—En cuanto llegó á su casa y se vió en su habitación, echó á rodar por tierra todas las monedas, que formaron un montón respetable.

—¡Esto es lo que se llama vender bien una piel de mula! exclamó.

Nicolasón se va á morir de rabia cuando sepa toda la riqueza que la mula, que tan barbaramente me mató, me ha producido.

Dicho esto envió á un muchacho á casa de Nicolasón, á rogarle que le prestara una fanega vacía.

—¿Qué querrá hacer con ella? pensó éste.

Y puso en el fondo pez á fin de que se quedase alguna cosa pegada. Cuando le devolvieron la medida se encontró con que había pegadas tres pesetas.

—¿Cómo, exclamó, será posible que haya medido plata?

Y corrió inmediatamente á casa de Nicolasillo.

—¿De dónde has sacado todo ese dinero? le preguntó.

—De la piel de mi mula que la vendí ayer tarde.

—No sabía que se pagaban tan caras las pieles ahora, contestó Nicolason.

Volvió á su casa muy deprisa, cogió un hacha, mató sus cuatro mulas, las desolló y llevó las pieles la

pueblo: « ¡Pielés! ¡pieles! ¿quién quiere comprar pieles? » gritaba por todas partes.

Algunos zapateros y curtidores acudieron á él para preguntarle el precio.

—Quiero una fanega de plata por cada una, respondió Nicolásón.

Al principio lo tomaban á broma, pero al ver que insistía le dijeron:

—¿Estás loco? ¿piensas que tenemos la plata por fanegas, ó que esas pieles son objetos preciosos?

—Él sin desengañarse aún con-



¡Pielés! ¡Pielés!

tinuaba voceando su mercancía, y cuando alguno le preguntaba su precio respondía invariablemente: «El último precio es una fanega de plata cada una.»

—Este tío se quiere burlar de nosotros, exclamaron todos al fin, y cogiendo los zapateros sus tirapiés y los curtidores sus delantales, comenzaron á zurrar de lo lindo á Nicolásón.

—Verás como arreglamos bien tu piel, y te la ponemos roja y azul, le dijeron: ¡largo de ahí, majadero!



Á zurrar de lo lindo á Nicolason.

Y Nicolasón, molido á trastazos, tuvo que huir fuera del pueblo.

—Está bien, dijo en cuanto llegó á su casa, ese tuno de Nicolasillo es el que tiene la culpa de todo esto. Voy á matarle.

Mientras tanto, la nodriza de Nicolasillo, que era ya muy vieja, acababa de morir, y aunque siempre había sido muy mala para él, la lloró. Colocó á la mujer muerta en su cama para ver si acaso podía volver á la vida, y estuvo toda la noche en un rincón sobre una caja.

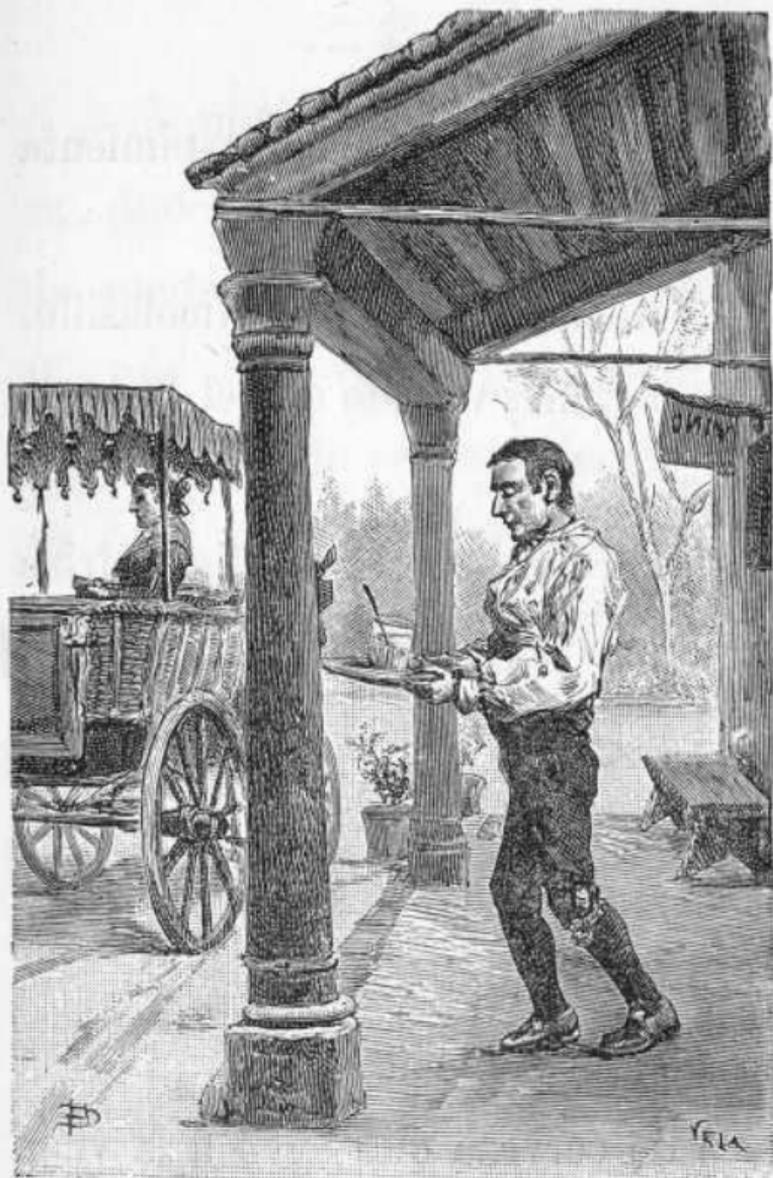
A la media noche sintió que se abría la puerta y Nicolasón entró armado de un hacha. Conociendo el sitio en que estaba la cama de Niccolasillo se acercó de puntillas y dió un golpe violento en la frente á la vieja nodriza ya muerta.

—Anda, vuelve á burlarte de mí, dijo, alejándose, porque creía haber matado á su enemigo.

—Que hombre tan infame, se dijo Niccolasillo, á mí es á quien ha querido asesinar. Afortunadamente la vieja nodriza estaba ya muerta.

Pensando en cómo podría vengarse, le ocurrió una idea, y en cuanto hubo salido el sol vistió á la vieja muerta con su traje del Domingo, pidió un caballo prestado á su vecino y le enganchó á su carruaje. Colocó á la vieja en el asiento de atrás, de manera que no pudiera caerse, y de este modo atravesó el bosque. Al llegar á una posada se detuvo para pedir algo de comer.

Era el posadero un hombre muy rico, buena persona en el fondo, pero de muy mal genio, como si su



Llevar un gran vaso de cerveza.

cuerpo estuviese lleno de pimienta y guindilla.

—Buenos días, dijo á Nicolasillo. ¿Cómo vienes vestido con el traje de fiesta?

—Porque llevo á mi vieja nodriza al pueblo. Llévala un vaso de cerveza para que se refresque y háblala muy alto, porque está sorda como una tapia y apenas oye.

—Bueno, allá voy, contestó el posadero, y fué á llenar un gran vaso de cerveza que llevó á la vieja al coche.

—Aquí tienes un vaso de cerveza, dijo en voz alta; pero como es de suponer, la vieja no se movió. ¿Es que no me entiendes? Aquí tienes un vaso de cerveza de parte de tu amo, añadió gritando con todas sus fuerzas. Pero por más que gritaba, la pobre vieja no se movía. Entonces, el posadero dominado por la cólera, la tiró el vaso á la cara con tal violencia, que la dejó caer hácia atrás en el carruaje.

En aquel momento salió Nicola-sillo.

—¡Ah, infame! gritó, sacudiendo al posadero por un brazo, has matado á mi nodriza, mira el agujero que la has hecho en la frente.

—Sí, pobre de mí, respondió el posadero retorciéndose las manos, por haber cedido á mi mal genio he cometido un espantoso crimen. Mi querido Nicolasillo, si no dices nada á nadie te llenaré una fanega de plata y pagaré á tu nodriza un entierro de primer orden.

Si me delatas, el verdugo me cortará la cabeza y tú no adelantarás

nada, por eso, pues ya no ha de resucitar.

Nicolasillo aceptó, recibió otra tercera fanega de plata y encargó al posadero del entierro.

Al llegar á su casa envió un muchacho á pedir á Nicolasón que le prestara una fanega vacía.

—¿Qué quiere decir esto? exclamó éste; ¡caso no le habré muerto! Es necesario que lo vea por mis propios ojos.

Y se fué á ver á Nicolasillo llevándole la fanega.

¡Qué ojazos abrió al ver en el sueño tanto dinero!

—¿Cómo te las has arreglado para apoderarte de ese tesoro? le preguntó.

—Tú, queriendo asesinarme mataste á mi nodriza; he vendido su cuerpo y me han dado por él una fanega de plata.

—Es un buen precio, dijo Nicolás.

Y volviendo á su casa mandó llamar á su vieja nodriza, cogió un hacha y mató á la pobre mujer. En

seguida la colocó en su carruaje, se fué al pueblo y preguntó al boticario si quería comprar un cadáver.

—Veamos, respondió el boticario; pero primero es preciso saber de donde le ha venido.

—No tenga usted cuidado, es el de mi nodriza, que la he matado para venderla por una fanega de plata.

—¡Qué barbaridad! dijo el boticario, ¿está usted loco para decir semejantes cosas que le pueden costar la cabeza?

Mas cuando después se enteró el boticario de la verdad, hizo comprender al mal hombre todo el horror de su conducta y la pena que por ella había merecido. Asustado Nicolasón, saltó á su carruaje, azotó á los caballos y se volvió á galope.

Todos le creían loco.

—¡Yo me vengaré! gritaba, conforme iba por la carretera, ¡yo me vengaré de Nicolasillo!

Y sin abandonar esta idea, en cuanto entró en su casa cogió un

saco grande, fué á casa de Nicolasillo, y le dijo:

—Te has burlado de mí por segunda vez. Después de haber muerto á mis cuatro mulas, he matado á mi nodriza; tú eres la única causa de todo el mal, pero pagarás caras tus bromas.

Enseguida agarró á Nicolasillo por medio del cuerpo, le metió en el saco y se lo echó al hombro, diciendo:

—Te voy á ahogar.

El camino hasta el río era largo,

Nicolasillo pesaba bastante, por lo cual Nicolason se detuvo en una taberna para tomar un jarro de aguardiente, dejando el saco detrás de la casa por donde no pasaba nadie.

—¡Ay! ¡ay! gemía el pobre Nicolasillo en el saco, volviéndose y revolviéndose, pero sin poder desatar la cuerda que le cerraba.

Por fortuna dió la casualidad de que una vaca escapada del prado fué corriendo por aquel sitio y un viejo pastor corrió en su persecución para obligarla á reunirse al rebaño.

Viendo que el saco se movía, se detuvo.

—¿Quién está ahí? exclamó.

—Un pobre jóven que va á entrar ahora mismo en el paraíso.

—¡Pues vaya un motivo para entristecerse!—Yo, pobre viejo, me daría por muy contento entrando lo más pronto posible.

—Pues bien, si lo deseas te haré ese favor, abre el saco y ponte en mi lugar; pronto estarás allí.

—Con mucho gusto, dijo el viejo pastor abriendo el saco y dejando

salir de él á Nicolasillo. ¿Pero me prometes guardar mi rebaño?

—Pierde cuidado, lo guardaré bien.

El viejo entró muy contento en el saco, y Nicolasillo lo ató con fuerza. Hecho esto, reunió todo el ganado y se alejó llevándosele por delante.

Poco después Nicolason salió de la taberna y se echó el saco á la espalda. Le pareció más ligero, porque el viejo pastor estaba flaco y pesaba mucho menos que Nicolasillo. «Es



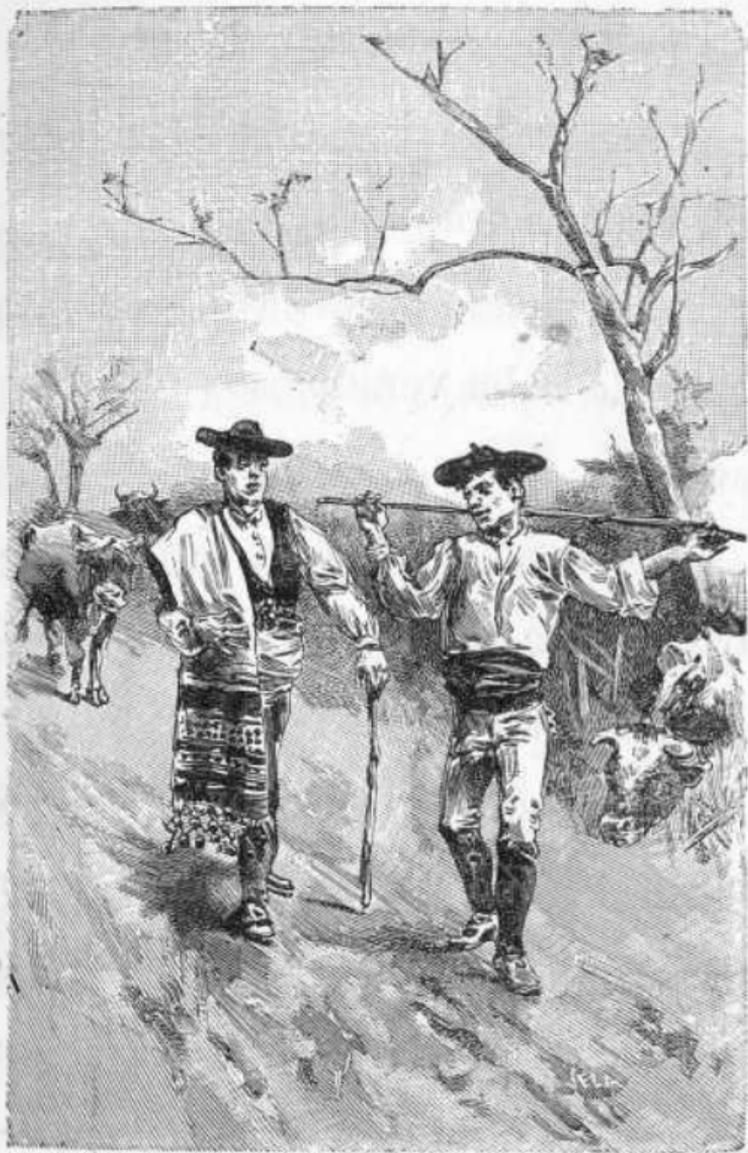
Nicolasillo lo ató con fuerza.

el aguardiente que me ha dado fuerzas, dijo, tanto mejor.» Y cuando llegó al río arrojó al pastor á él, diciendo:

—¡Ahora ya no me engañarás más!

Tomó después el camino de su casa; pero poco antes de llegar al pueblo se encontró con Nicolasillo que llevaba delante de sí un rebaño de vacas.

—¡Qué es lo que veo! exclamó Nicolasón frotándose los ojos, ¿no te he ahogado?



Un rebaño de vacas.

—Sí, tú me tiraste al río hace una media hora.

—Entonces, ¿cómo estás aquí y de dónde te ha venido ese rebaño de vacas?

—Son vacas marinas. Voy á contarte lo que me ha pasado después de agradecerte el que me hayas tirado al río, porque ahora soy rico para siempre, como tú ves. Encerrado en el saco, temblaba de miedo; el viento me silbaba en los oídos cuando me echaste al agua fría. Llegué en seguida al fondo pero sin hacerme

daño, pues hay en él una yerba larga y muelle. Cuando creía que iba á ahogarme de un momento á otro sentí que abrían el saco y una preciosa señorita vestida de blanco, con una corona de plantas y flores acuáticas en la cabeza, me cogió de la mano y me dijo: «Te esperaba, mi querido Nicolasillo: no tengas miedo, que á mi lado no te ahogarás, mira qué precioso regalo te voy á hacer.» Y me enseñó este rebaño de vacas. La dí las gracias con mucha cortesía y la besé la mano, ro-

gándola me enseñara el camino para volver á la tierra, lo cual hizo con mucha amabilidad. Has de saber ahora, Nicolasón, que en el fondo del mar hay hermosas ciudades, y que el río no es sino un gran camino bordeado de corpulentos árboles, de campos de verdura y de perfumadas flores. Yo veía á los peces nadar alrededor de mi cabeza, de igual modo que los pájaros vuelan por el aire, y en todos los valles pacía un ganado gordo y magnífico. No tardé en llegar con mi rebaño á un monte que

conducía á la tierra, y aquí me tienes.

—¡Que suerte has tenido! dijo Nicolásón. ¿Crees tú que también tendría yo un rebaño de vacas si bajase al fondo del río?

—No hay duda, y hasta es fácil que te dieran más que á mí, pero yo no podré llevarte en el saco hasta allí, porque pesas demasiado; pero si tú quieres ir, después de encerrarte en el saco, yo te echaré de buena gana, porque no soy envidioso y me gusta que los

amigos hagan también su fortuna.

—Eres un buen chico, Nicolasillo, pero te advierto que si no vuelvo con un rebaño de vacas de la mar tan bueno por lo menos como el tuyo, te doy de garrotazos hasta dejarte muerto.

—No hay cuidado, replicó Nicolasillo sonriendo, y se pusieron en camino.

En cuanto las vacas, que tenían sed, vieron el agua, escaparon á correr para beberla.

—Mira que deprisa van, dijo Ni-



Escaparon á correr.

colasillo, les falta tiempo para volver al fondo.

—Ya hemos llegado, ayúdame, contestó impaciente Nicolasón metiéndose en el saco; y para más seguridad añade una gran piedra, para que llegue en seguida al fondo.

—No tengas cuidado, dijo Nicolasillo, que tú llegarás.

Pero, á pesar de esto, añadió una enorme piedra, ató el saco y le tiró al río.

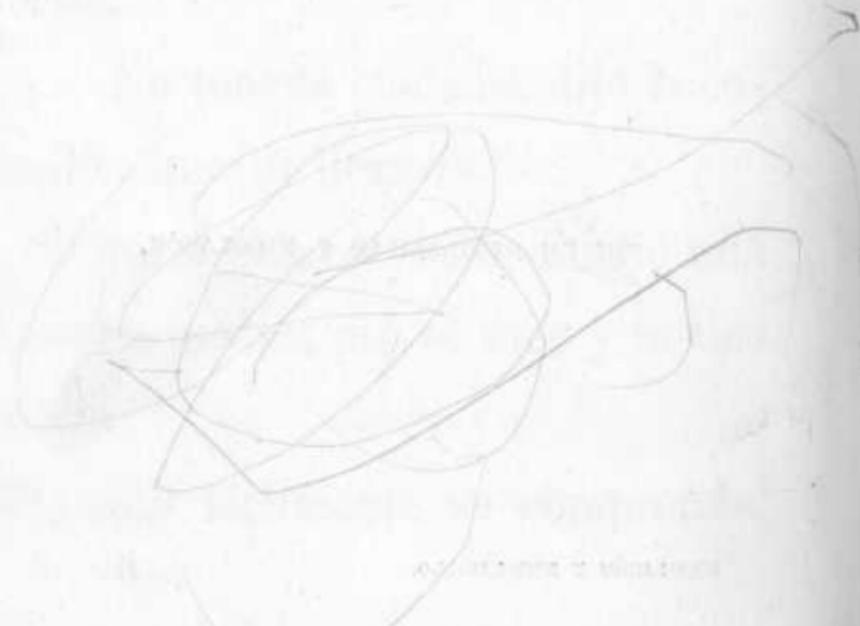
Cómo fácilmente se comprende,

Nicolasón se hundió para no volver á salir más.

—Anda, busca ahora á la señorita de las vacas, gran zopenco, dijo Nicolasillo; y en seguida llevó su ganado hacia el pueblo, y se volvió contento á su casa.

FIN DE NICOLASILLO Y NICOLASÓN.

1870
The following is a list of the names of the persons who have been admitted to the membership of the Society since the last meeting of the Council, held on the 15th of the month of January, 1870.



VIAJE EN BUSCA DEL MIEDO.

Un padre tenía dos hijos; el de más edad era muy inteligente y entendía perfectamente todo cuanto se le encargaba; y el menor parecía tonto porque no aprendía ni entendía nada. Cuando cualquiera le veía se decía para sí:

—¡Pobre padre, buen castigo te ha caído!

Cuando había de hacerse algo en la casa, el padre tenía siempre que encargarlo al mayor; pero si era cosa de hacerlo por la noche, ó le enviaba al anochecer cerca del camposanto ú otro sitio apartado y triste, le respondía con seguridad:

—No me mande usted á eso, padre; tengo miedo.

Y era verdad, el pobre chico era muy miedoso.

Cuando por la noche al rededor

del fuego se referían cuentos que causaban pavor á los oyentes, exclamaban éstos:

—¡Qué miedo! El menor, que escuchaba en un rincón, no entendía lo que querían expresar los que tal decían.

—Siempre oigo decir: ¡qué miedo! ¡qué miedo! Eso debe de ser algo bueno de que yo no entiendo una palabra.

Pero una vez le dijo su padre,

—Escucha tú, el del rincón: eres ya hombre y debes dedicarte á

aprender algo para ganar de comer. Ya ves cuanto trabaja tu hermano, y tú nada haces.

—Padre, le contestó, de buena gana aprendería yo lo que fuera; pero, sobre todo, lo que quisiera sería aprender lo que es miedo.

El hermano mayor soltó la carcajada al oírle, y dijo para sí:

—Pero, señor, qué majadero es mi hermano. Es imposible que en su vida haga cosa de provecho. El arbolillo que de joven no se endereza, por siempre estará torcido.

El padre suspiró tristemente, y le dijo al pequeño:

—No te apures, ya sabrás demasiado lo que es miedo, pero con eso no ganarás de comer.

Poco después, fué el sacristán, como acostumbraba, un rato, y le confió el padre su disgusto, diciéndole que su hijo menor era tan desmañado é incapaz, que nada sabía ni aprendía nada.

—¿Creeréis que, al preguntarle yo si quería aprender algún oficio ó modo de ganarse el sustento, me ha

respondido que sólo quiere aprender lo que es miedo?.....

—Pues sino pide otra cosa, respondió el sacristán, yo satisfaré su deseo, enviádmele á casa y no tardará en saberlo.

—Asintió el padre reflexionando que de este modo podía comenzar á pulirse algo.

En efecto, el sacristán se le llevó á su casa. Le hacía tocar las campanas y desempeñar el cargo de monaguillo. A pocos días le despertó á media noche, hizo que se

levantara y subiera al campanario á tocar.

—Ahora sabrás lo que es miedo, dijo para sí el sacristán.

Subió antes que este á la torre el chico, y cuando ya estaba en lo alto é iba á coger las cuerdas, vió en el fondo de la puerta un fantasma que á cualquiera hubiese aterrado.

—Calla, ¿qué haces tú? preguntó el joven.

Pero ni se movió ni respondió el fantasmón.

—Ó me contestas ó te marchas,

que aquí nada se te ha perdido y menos de noche, ¿estamos?

Nada, el fantasma, sin contestar, ni moverse.

—Respóndeme ó ya estás pican-
do, que para nada te necesito.

Y el sacristán continuó inmóvil y callado, para que creyese el muchacho que era un aparecido del otro mundo. El joven volvió á preguntar:

—¿Qué se te ofrece? Habla si eres hombre formal; de lo contrario te hecho á rodar por la escalera abajo.

Creuyendo el sacristán que el chico



Dando tolondrones.

no realizaría su amenaza, siguió en su inmovilidad estatuaria. Entonces le volvió á preguntar el joven, y viendo que no le respondía, dió una acometida al espectro con tal violencia, que le obligó á bajar dando tolondrones diez gradas yendo á parar con gran violencia á un rincón, donde quedó sin sentido. En seguida el intrépido joven se puso á tocar las campanas, y concluída esta operación se marchó á su casa y se acostó y durmió como si nada hubiera pasado. Pero la mujer del sa-

cristán que había estado esperando mucho tiempo á su marido, viendo que no volvía, llena de recelos, llamó al joven y le preguntó:

—¿Sabes tú donde se ha quedado mi marido? Debe de haber subido antes que tú á la torre.

—No lo sé, respondió el joven; pero allí vi á uno en la escalera en el descansillo de la puerta, y como no ha querido contestarme, creyendo que era un bribón, le he arrojado escalera abajo. Id á ver si es él: si lo es, lo sentiré.

La sacristana fué corriendo y halló á su marido caído en un rincón, y dando quejidos lastimosos, porque tenía rota una pierna. Le tomó en sus brazos y se dirigió lamentándose á gritos á casa del padre del muchacho.

—Vuestro hijo, exclamó, ha traído la desgracia á mi casa; ha tirado á mi pobre marido por la escalera del campanario y le ha roto una pierna; sacad á ese bribón de mi casa.

El padre, asustado por el relato,



Caido en un rincón.

fué corriendo y reprendió á su hijo.

—¿Qué bestialidad has hecho?
¿Tienes los diablos en el cuerpo?

—Padre, óigame usted, contestó, soy inocente. Era de noche y sin duda estaba allí con malos propósitos. Ignorando quien era le he preguntado tres veces, amenazándole, si no me respondía, con echarle, y viendo que no me hacía caso.....

—¡Desgraciado! replicó el padre, no me ocasionas más que disgustos; vete de mi presencia, vete, y que no te vea más.

—Bueno, padre, de buena voluntad me marcharé; pero esperemos á que amanezca y me iré á buscar á donde me enseñen lo que es miedo, y cuando lo sepa, me ganaré la vida con tal oficio.

—Anda á aprender lo que te dé la gana, contestó el padre, todo me es igual. Toma, ahí tienes cuarenta duros, márchate y á nadie digas de donde eres, ni quien es tu padre, para que no tenga que sonrojarme por tí.

—Bien, padre, haré lo que

decís, poco me costará complaceros.

Al amanecer, el joven, con sus cuarenta duros en el bolsillo, emprendió su viaje por el camino real, diciendo como lección aprendida para llevar el paso:

—¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿Quién me enseña lo que es miedo?

Un transeunte oyó la cantilena del joven, y cuando se hubo alejado un poco hacia un punto en que se veía una horca, le dijo:

—Mira, ahí está el árbol que da



Emprendió su viaje.

racimos de hombres; ahí tienes siete colgando, no tienes que hacer otra cosa, si quieres saber lo que es miedo, que pasar la noche en conversaci3n con ellos.

—Si todo se reduce á eso, dijo el joven, con la mayor facilidad lo haré; y si tan fácilmente aprendo lo que es miedo, te daré los cuarenta pesos que llevo en mi bolsillo; conque, por si acaso, vuélvete mañana temprano por aquí.

Entonces el joven se encaminó hacia el lugar donde se veía la hor-



Siete colgados.

ca, se colocó debajo de ella para pasar la noche, y cuando ésta llegó, sintiendo frio, encendió lumbre; pero á la media noche era el viento tan agitado y frio que apenas la lumbre hacía sentir su influencia; no obstante esto, viendo que el aire hacía chocar á los ahorcados, pensó que si él, que se hallaba junto al fuego, sentía frio, mucho más debían tener los infelices colganderos, y como era de natural compasivo, cogió la escalera, subió y los descolgó uno tras otro á todos, y bajó á los siete, que

colocó al rededor de la lumbre para que se calentasen. Mas como no se movían y el fuego se ensanchase, les quemaba la ropa.

El mozo les dijo:

—Tened cuidado de no quemaros, ó volvéis á la escarpia.

Pero los muertos no le hacían caso; se callaban como unos tales, por lo cual el fuego seguía apoderándose de sus vestidos.

Incomodado de tal indiferencia, les dijo entonces:

—Ya que no queréis hacer lo que

os digo, os vuelvo á colgar, pues me veo expuesto á quemarme con vosotros.

Y los volvió á colgar uno tras otro, y él volvió junto á la lumbre donde muy pronto quedó dormido. A la mañana siguiente se le presentó el hombre goloso de los cuarenta duros exigiéndoselos, suponiendo que el mozo sabía ya lo que era miedo, pues le dijo:

—Vamos, muchacho, ¿ahora ya sabrás lo que querías?

—Nada menos que eso: ¿por qué

lo he de saber? Esos que están ahí arriba no me han dicho una palabra, y tan majaderos han sido que se han dejado quemar los pocos andrajos que tenían.

Al oírle, comprendió el truhán que no era para él el dinero, y se marchó moviendo la cabeza y diciéndose:

—En mi vida he visto un ente más extravagante.

Continuó el mozo su camino y comenzó otra vez su cantilena diciendo:

—¿Quién me enseñará lo que es miedo? ¿Quién me enseñará lo que es miedo?

Y oyéndole un carretero que tras él iba, le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Lo ignoro, dijo el joven.

—¿De dónde eres? continuó preguntando el otro.

—¿Qué sé yo?

—¿Quién es tu padre?

—No debo decirlo.

—¿Qué ibas diciendo?

—¡Ah! respondió el mozo, qui-

siera saber lo que es miedo; pero por lo visto nadie acierta á enseñármelo.

—No digas necedades, muchacho, replicó el hombre, vente conmigo y veré si puedo darte ocupación alguna.

El joven prosiguió su ruta con el carretero, y ya de noche llegaron á una posada donde determinaron hacer descanso.

Apenas llegó á la puerta el joven, comenzo agritar:

—¿Quién me quiere enseñar lo

que es miedo? ¿Quién me quiere enseñar lo que es miedo?....

Al oírle el posadero soltó la carcajada y dijo:

—Hombre, si lo quieres saber, aquí se te ofrece una ocasión muy buena.

—Calla, añadió la posadera, muchos bravucones han perdido la vida en esa empresa, y verdaderamente sería una lástima que esos hermosos ojos negros perdieran su brillante luz para siempre.

El joven la replicó:

—Aunque sea la cosa más arriesgada quiero aprenderla: ése es el propósito de mi viaje.

No dejó en paz al posadero hasta conseguir que éste le informara de qué, no muy lejos de allí, había un castillo encantado donde podrían enseñarle lo que era miedo, pues con sólo pasar tres noches en él podría salir doctor en la ciencia que buscaba.

Que el rey había prometido dar por esposa á su hija, que era la más garrida y hermosa doncella que el

sol alumbrara, al que hiciese la prueba del castillo y saliera vencedor de ella.

En el castillo había tesoros inmensos, guardados por los maléficó espíritus, con cuyas riquezas, el hombre que las conquistara, sería el más poderoso del mundo. Muchos y muy valientes caballeros habían entrado en el castillo; pero ninguno de ellos había salido.

El joven, á la mañana siguiente, se presentó al rey diciéndole:

—Si me dais permiso, señor, pa-

saré tres noches en el castillo de los encantos.

Miróle atentamente el rey y como le agradase su talante, le dijo:

—Puedes, pues, pedir tres cosas, con tal que no sean animadas, para que te sean útiles en el castillo.

El joven, meditando un rato, contestó:

—Bien. Quiero leña para calentarme, un torno y un tajo con su correspondiente cuchilla.

El rey ordenó que durante el día

fuera llevado al castillo lo que había pedido el joven.

Llegó la noche y entró el joven en el castillo; encendió en una sala una hermosa fogata, colocó á un lado el tajo con el cuchillo y se sentó sobre el torno.

—¡Ah! qué felicidad si llegase á tener miedo, dijo, pero qué demonio, aquí tampoco lo aprenderé.

Hacia la media noche quiso avivar la lumbre, y cuando estaba atizando, oyó de pronto decir en un rincón:

— ¡Miau! ¡remiau! ¡que frío hace!

— ¡Habrá estúpidos! exclamó, ¿por qué alborotáis? Si sentís frío venid y sentaros á la lumbre; aquí se está bien.

Aun no había acabado de decir esto, dos espantosos gatos negros, dando un pasmoso salto, se situaron á su lado fijando en él sus enormes ojos brillantes como brasas de fuego; luego que se hubieron calentado, dijeron:

— Amiguito, ¿quieres jugar una brisca?

—Sí, por cierto, les respondió, pero antes enseñarme las patas.

Entonces, los animalazos, le alargaron las uñas.

—¡Caramba! les dijo, ¡qué largas tenéis las garras! Esperad á que primero os las corte.

Y los cogió del cuello, les aseguró bien las patas en el tajo.

—Al veros las uñas se me han ido los deseos de jugar, les dijo.

Y los cortó las cabezas y las arrojó al agua. Pero á poco de esto iba á sentarse otra vez al calor,

cuando vió salir de todos los rincones una plaga de gatos y perros negros con cadenas ardientes que parecían de fuego. Eran tantos que era imposible numerarlos; maullaban horrorosamente, atravesaban por el fuego como queriendo apagarle. El joven los observó un rato muy tranquilamente, pero cuando ya le hartaron, cogió la cuchilla gritando:

— ¡Fuera canalla!

Y con la cuchilla los acometió.

¡Dios mio! ¡qué sarracina de ga-

tos hizo! Los que pudieron, que fueron pocos, se escaparon, á los demás los mató á pares de un solo golpe.

Concluída la batalla, se puso á soplar el fuego, y se sentó á calentarse, y apenas se hubo sentado le rindió la necesidad del sueño, y advirtiéndolo en un rincón una magnífica cama, en ella se acomodó para dormir tranquilamente; pero cuando ya se le estaban cerrando los pesados parpados notó que la cama se movía por sí sola, y que daba vueltas y

recorría los departamentos del castillo.

—No me parece mal el paseo, dijo, la cosa es divertida.

Y la cama prosiguió rodando por las escaleras cual si fuera tirada por caballos. De repente volcó y sintió encima un peso que le agobiaba como si se viera debajo de una montaña. Tiró las mantas, se puso en pie, y cuando se vió desembarazado dijo:

—Basta ya, me he cansado de viajar. Y sentándose de nuevo á la

lumbre se durmió hasta la mañana.

El rey le fué á visitar temprano, y cómo le viese tendido en el santo suelo, creyó que los fantasmas habían dado fin de él y que había muerto, y dijo, contemplándole:

— ¡Qué lástima de chico!..... ¡tan guapo como es!

Al oírle el joven se levantó diciendo:

— ¡Poco á poco: aun no estoy en el caso de ser compadecido!

Maravillado el rey preguntóle que tal lo había pasado.



Tendido en el santo suelo.

—Perfectamente, respondió, he pasado ya una noche, y las dos que me faltan las pasaré lo mismo.

Cuando volvió al mesón, le recibió admirado el posadero.

—No creí, dijo, volverte á ver con vida; pero, en fin, ¿sabes ya lo que es miedo?

—¿Qué he de saber? No encuentro á nadie que me lo quiera enseñar.

A la segunda noche volvió al castillo encantado y se sentó á la lumbré entonando su cantilena.

—¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿quién, quién?

Poco á poco fueron percibiéndose ruidos, primero vagos, luego fuertes y próximos, y por fin un estallido formidable en el cañón de la chimenea, por la cual se vió caer la mitad vertical de un hombre que quedó plantado como una estaca delante del joven.

—Sí, sí, exclamó, entiendo estás esperando tu otra mitad: yo también la espero con impaciencia, porque tu sola no me sirves para empezar.

Oyó nueva y más estrepitosamente los ruidos, parecía que el castillo se venía abajo, y luego cayó la otra mitad del hombre.

—Esperad, dijo, voy á ver si encuentro algo por aquí para que vuestra pegadura sea firme.

Iba á hacerlo así cuando vió que los dos medios se unieron admirablemente formando un hombre con el aspecto más horrible y espantoso, que fué á sentarse en el sitio donde á la lumbre se sentaba él.

—¡Calle! ¿esas tenemos? dijo el

mozo, ya te estás levantando de ahí; ese banco es mío. El espantajo no se quiso levantar; pero el joven, agarrándole con todas sus fuerzas, le rechazó, y se sentó en su puesto. Entonces vió caer otros tres hombres uno tras otro, que llevando en sus manos unas canillas de muerto y dos calaveras se pusieron á jugar con ellas á los bolos. El joven sintió deseo de divertirse un rato y dijo:

—¿Puedo jugar yo también?

—Si tienes cuartos, sí.

—Ya lo creo, de sobra, replicó

el animoso joven; pero esas bolas que usáis no son perfectamente redondas.

Y cogiendo las calaveras las sujetó al torno y las redondeó.

—De este modo ya rodarán mejor, les dijo.

Jugó con ellos y se dejó ganar algunos cuartos; pero en cuanto fueron las doce todo terminó, y el joven se acostó y durmió tranquilo. Por la mañana se presentó el rey á enterarse.

—¿Qué tal te ha ido? le preguntó.

—¡Pchit! he jugado á los bolos un rato y perdido algún dinero.

—¿Y no has sentido miedo?

—¿Miedo? al contrario, me he distraído muy bien. ¡Miedo! ¡Ojalá supiera lo que es!.....

Llegó la tercera noche; fué al castillo, se sentó de nuevo en su banco y murmuró con mal humor:

—¿Llegaré por fin á saber lo que es miedo?.....

Era ya muy tarde cuando se le presentaron seis fantasmones muy altos, que llevaban un enorme ataúd.

—Toma, toma, de seguro este entierro es el de mi pobre primo que ha muerto hace unos días.

Hizo seña con la mano, y añadió:

—¡Ven, primito mío, ven!

Pusieron el ataúd en tierra, se aproximó á él y levantó la cubierta: había un cadáver dentro, le pasó la mano por el rostro y la cabeza; pero notó en él la frialdad viscosa de la muerte.

—Que frío estás, dijo; voy á calentarte un poco.

Se acercó á la lumbre, se dió un



Llevaban un enorme ataud.

buen calentón de manos y se las aplicó al rostro del muerto, pero éste permaneció glacial. Entonces le abarcó en sus brazos, le acercó al fuego y le puso sobre las rodillas y le dió fricciones en los brazos para que circulase la sangre de nuevo; pero no consiguiéndolo, se le ocurrió de pronto:

—¡Toma! ¡qué tonto soy! Si le meto conmigo en la cama..... al momento se calentará.

Y dicho y hecho, se llevó el cadáver á la cama y se acostó él á su

lado. Al poco tiempo estaba caliente el muerto y comenzó á menearse, viendo lo cual, le dijo el mozo:

—¿Lo ves, hermanito?..... ya te he calentado.

Pero el muerto se levantó de improviso diciendo:

—Ahora voy á estrangularte.

—¡Hola! ¡hola! contestó el joven con retintín, ¿son éstas las gracias que me das por haberte resucitado? ¡Pues á la caja otra vez!

Le cogió, le colocó dentro de ella y cerró la tapa.

Entonces, los seis pasmarotes que le trajeron se lo llevaron otra vez.

—Pues, señor, con toda esta faena hasta ahora no he logrado tener miedo; vamos á ver si lo aprendo aquí.

Entonces, un hombre mucho más alto y más seco que los otros, entró; su aspecto era más espantoso que el de aquéllos, y tenía una barba blanca y larga hasta las rodillas.

—¡Ah! infame, dijo, ya te ha llegado el momento de saber lo que es

miedo, porque vas á morir á mis manos.

—Qué ha de llegar, hombre, contestó el mozo; para que me mates tú es necesario que yo me deje, y ahora no estoy de humor.

—Yo te agarraré bien, dijo el gigantón.

—Si puedes, porque no es fácil; además, yo soy más fuerte que tú, ¡viejo carcamal!

—Si puedes más que yo, allá veremos; ven y probaremos.

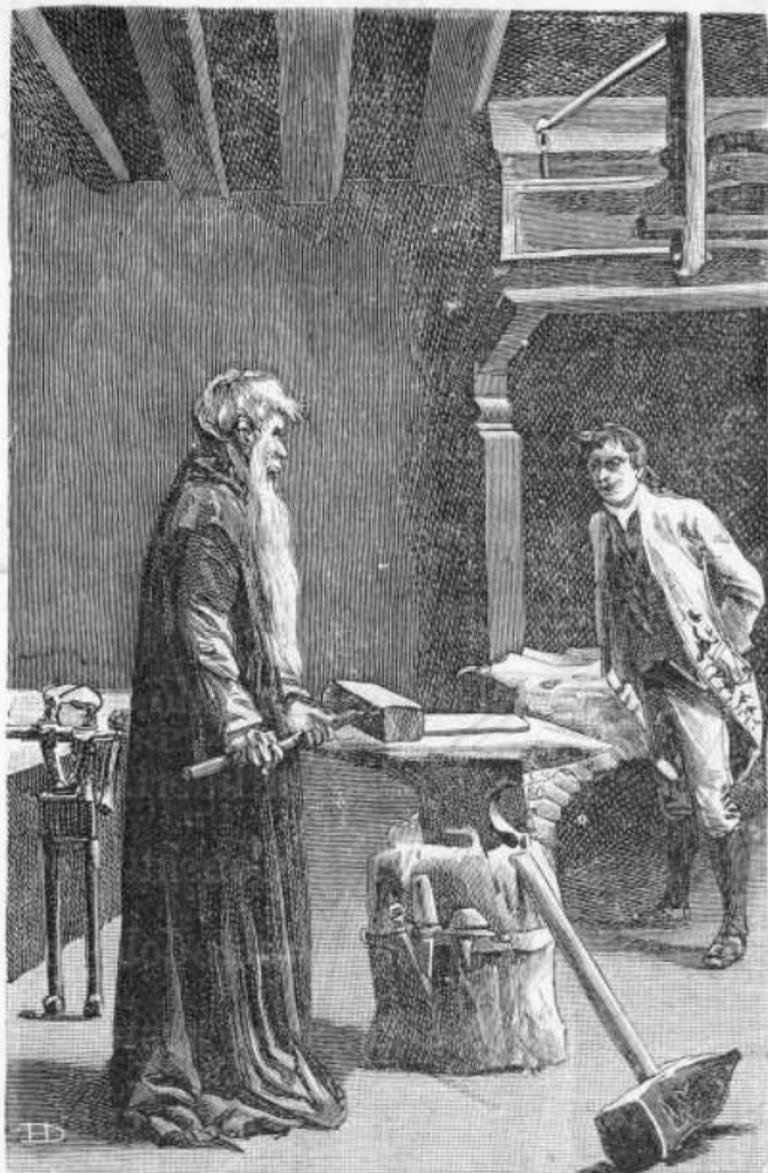
Y le guió á un pasillo muy tene-

broso, junto á una fragua: cogió un enorme martillo y dió con él en un yunque y le hundió de un martillazo en la tierra.

—¡Vaya una cosa! ¡eso lo hago yo, pero mucho mejor! dijo el joven.

Y dirigiéndose á otro yunque, el joven agarró otro martillo.

El viejo se puso á su lado para verle, y su larga barba descansaba sobre el yunque; de un solo martillazo del mozo quedó adherida á aquél, aprisionando al espantoso viejo.



Cogió un enorme martillo.

—¡Pobre espantajo! dijo, ¡ya eres mío! ¡has quedado en el yunque pegado como un gorrión enligado!..... Ahora el que morirá serás tú; y diciendo esto cogió una barra de hierro y descargó sobre las espaldas del barbudo tales golpes que éste entre los alaridos del dolor prometió al joven que si le dejaba en libertad le daría grandes riquezas. Consintió en ello el joven, y el viejo, guiándole por el castillo, le enseñó tres armarios llenos de oro que en una cueva tenía.

Una parte es de los pobres, del rey la otra, y la tercera tuya.

Dieron las doce en aquel momento, y desapareció el fantasmón, quedando en tinieblas el joven vencedor.

—Yo me las arreglaré para encontrar mi cuarto, dijo; y empezó á caminar á tientas, por fin halló el camino que buscaba, entró en su cuarto y durmió allí junto á la lumbre.

Al día siguiente volvió el rey y le dijo:

—Ahora ya debes saber lo que es miedo.....

—Menos que nunca; sólo he visto á mi primo muerto y á un hombre barbudo que me ha enseñado mucho dinero, pero no lo que es miedo.

—En fin, dijo el rey, has desencantado el castillo y vas á casarte con mi hija.

Así sucedió, y las bodas se celebraron con gran magnificencia. Pero el joven rey, á pesar de lo contento que estaba y de lo mucho que ama-



Y sacó un cubo de agua.

ba á su esposa seguía quejándose de que no sabía lo que era miedo. Esto llegó á incomodar á su mujer y dijo á sus doncellas:

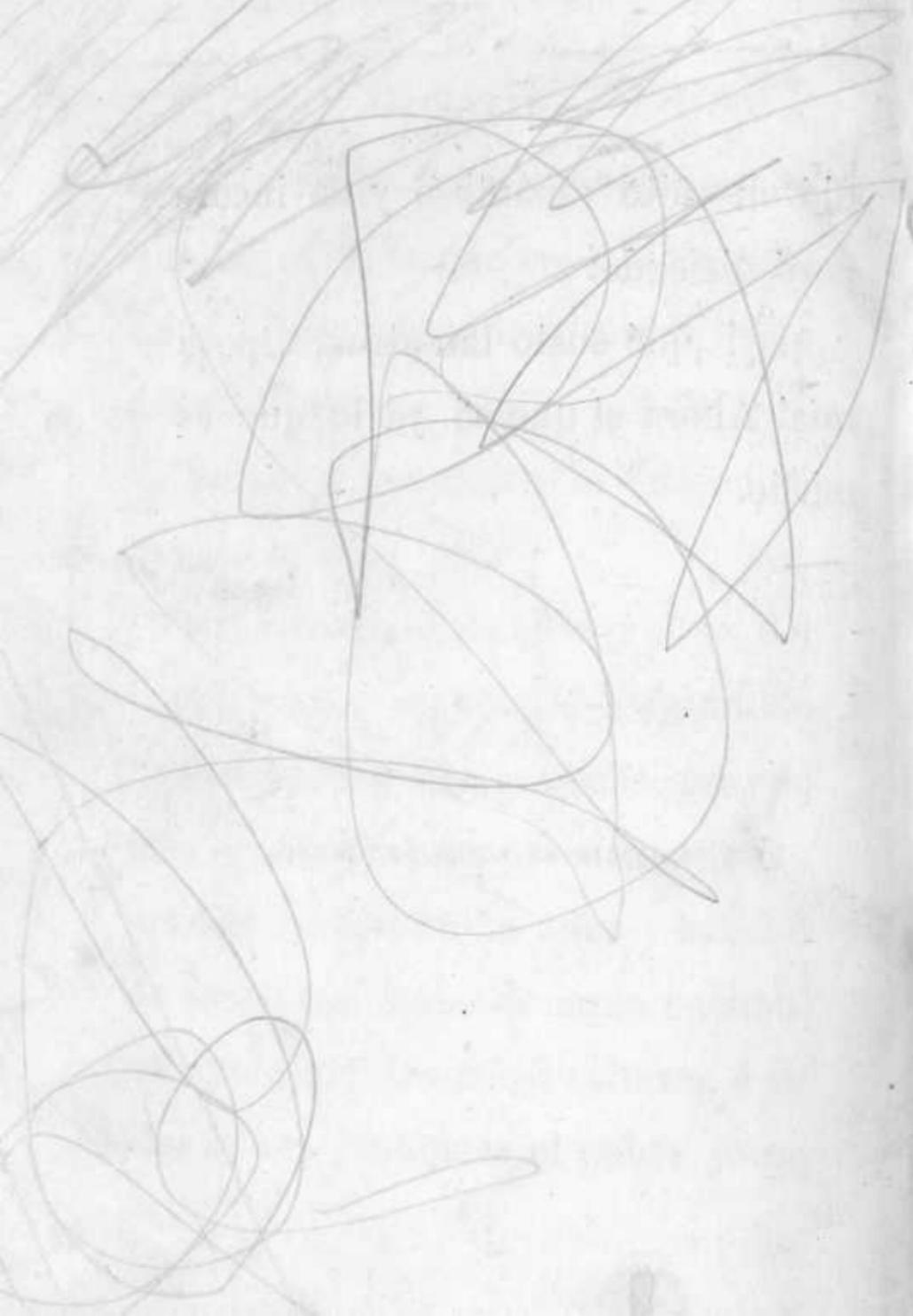
Yo voy á ser quien le enseñe lo que es miedo.

En seguida fué al estanque del jardín y sacó un cubo de agua todo lleno de peces. Por la noche, cuando más profundo era el sueño de su marido, se levantó la reina y le echó de repente el cubo de agua encima, de modo que los peces saltaran á su alrededor. Entonces el pobre joven

dió un salto espantoso y se incorporó diciendo:

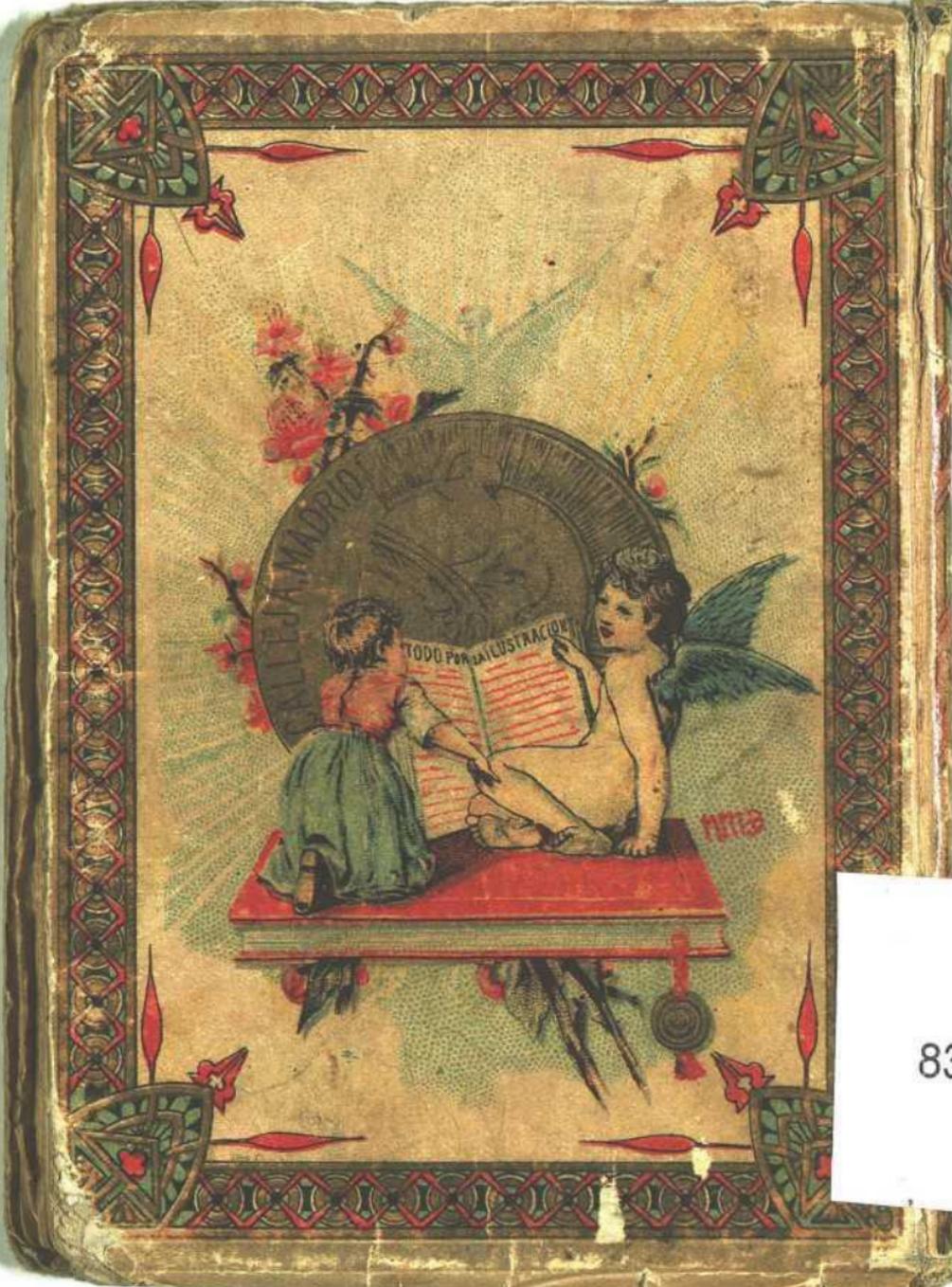
¡Uy! ¡qué susto tan atroz, esposa mía! Ahora sí que sé ya lo que es miedo.

FIN DEL VIAJE EN BUSCA DEL MIEDO.



James M. ...

DM



320